

Iria Natalia Agreda Abreu irianaipc@gmail.com <https://orcid.org/0000-0002-6908-819X>Unidad Educativa Colegio Sagrada Familia,
Tucupita, Edo. Delta Amacuro, Venezuela.Profesora de Lengua y Literatura, egresada de la
Universidad Pedagógica Experimental Libertador,
Instituto Pedagógico de Caracas. Actualmente
directora de la Unidad Educativa Colegio Sagrada
Familia, Tucupita, Estado Delta Amacuro,
Venezuela.**Titanomaquia**

La experiencia universitaria seguía siendo “una escuela” de vida para mí, aun cuando ya había superado en grado heroico la dura prueba del primer semestre.

Ha pasado tanto tiempo que realmente no puedo asegurar si aquel doloroso día de mi cristiana vida fue en el 2018 o en el 2019. Lo cierto es que ese día comprendí —o bueno, mejor dicho, viví—, aquella frase tan absurda que solía escuchar de las maestras en la escuela: “pagan los justos por pecadores”. Y en este caso, no estoy segura si la culpa fue de mis compañeros que prepararon el terreno, de Maduro y su séquito, o mía.

Había transcurrido una semana bastante movida en casa, el trabajo con los niños del colegio era un constante *consumir* y *recargar* mis baterías físicas y mentales. El viernes, Tomás, llenándome de abrazos y besos pícaros, me haló el velo en el recreo mientras descansaba en la escalera. Desde temprano, el pequeño de 3 años, me seguía con una mirada curiosa y unas ternuritas demasiado exageradas para venir de él. Sin embargo, más fue el escándalo de las conservadoras maestras por aquel espontáneo hecho, que la molestia que pudo causarme. Me reí, me reí tanto que lo fui persiguiendo por el patio rojo con los cabellos en la cara, simulando quizá un espanto, o la monja de la película de Corin Hardy.

Fue un final de semana agradable, hasta que me topé por primera vez con el libro gordo, muy gordo, que me había asignado aquella mujer para leer, y que discutiríamos en clase el día lunes. Eran las tres de la tarde cuando me dispuse a estudiar. Salí de mi habitación, estiré mi aperezado y cansado cuerpo, y fui a tomarme un café. Al llegar a la cocina recordé que, por aquello de la escasez del momento, ese divino sustento estaba reservado solo para el desayuno y el azúcar solo se podía consumir una vez al día —y yo, sin duda, la prefería en

el café—. Y así, sin merienda de media tarde, subí a la biblioteca del tercer piso de mi casa, lejana, fría y oscura, gracias al apagón que dejó a Venezuela sin luz por esos días, y a mi rincón de estudio sin bombillo.

El libro lo tenía en digital, así que prendí mi computadora y abrí el documento. Era maravilloso porque trataba del origen del español, lengua de América. Sin embargo, también era una cruz, no solo por lo extenso, sino por la abundancia de historia, fechas y nombres extraños. Y eso, chocaba con mi poco tiempo disponible y mi memoria que, para este siglo de *pendrives* y *nubes*, en cuestiones de historia era *diskette*.

Pasó una hora, y otra, y otra. Paré, fui a rezar las tradicionales vísperas con mis hermanas y en un abrir y cerrar de ojos, ya había cenado y compartido con ellas en la sala de televisión hasta las 8:30 p.m. Todavía quedaba noche, así que mis fatigados ojos podían seguir batallando con aquellas bailarinas letras que narraban, en cierta forma, aquellas palabras de Borges “*un idioma es una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos*”, y en eso, toda una terrible contextualización política y social de la época de la conquista y la colonización. Sí, terrible por lo histórico, por las fechas y los nombres. Eso, solo eso, hizo más vehemente mis ganas de irme a dormir. Y lo hice.

Así, el sábado, entre la hemodiálisis de Mirian, el ir a llevarla, robarle el *wifi* a las enfermeras, encender mi computador para estudiar a la par otras materias en el estacionamiento de la clínica, y volver a casa luego de tres largas horas de espera para que la pasaran a la habitación donde conectan a los pacientes —y tres horas más para que acabe el proceso—, me dispuse nuevamente a leer a Chumaceiro y Álvarez hasta las once, cuando la alarma de mi celular me recordó que al día siguiente tenía *retiro* en la comunidad y, en definitiva, no iba a poder estudiar el domingo. En ese momento un punzante dolor se me clavó en la cabeza. Junto al dolor, las voces de la ansiedad y el desánimo me empezaban a abrazar y abrasar, casi tan fuerte que difícil se hizo esa noche para dormir.

El domingo, tradicionalmente conocido para muchos creyentes como “día del Señor”, comenzó y terminó con la oración prevista para el día de retiro; todo iluminado con aquel texto bíblico que dice “*en esto conocerán todos que son mis discípulos: en el amor que se tienen unos a otros*” (Jn 13, 35). Por la noche, cansada de la jornada —porque la oración, aunque no parezca, también agota la mente—, me dirigí nuevamente a mi biblioteca del tercer

piso. Ya tenía bombillo, una de mis hermanas había tenido el detalle de cambiarlo para darme un espacio más cómodo para estudiar. La vi salir del lugar con una sonrisa en el rostro. –*Las palabras convencen, pero el testimonio arrastra*, me dijo, mientras seguía su camino. Yo, con cierta resistencia todavía, me senté frente al computador y seguí leyendo mi libro gordo, tomando apuntes en mi cuaderno de Gokú.

Llegó el día, el famoso lunes que todos odian por el solo hecho de haber tenido la suerte de ser el primer día de la semana. Las mismas quejas en la mañana: *la maestra Karla no vino porque no tiene dinero para el pasaje, Alexis no vino porque no hay camionetas por su casa, los niños están solos y nadie quiere hacer la suplencia por ese sueldo, retiraron a los morochos del colegio porque se fueron del país el fin de semana...* tremendo panorama para empezar la semana. Pese a eso, fui a mi respectivo trabajo con los de inicial hasta las 11:30 a.m., comí algo ligero y rápido y eché una repasada a mis anotaciones antes de irme a clases.

A las 12:15 del mediodía estaba como un clavel frente a la Biblioteca Nacional y la Av. Panteón, con una pequeña garúa que poco a poco se fue tornando lluvia. “La clase es a la una”, pensé, y me relajé porque todavía tenía tiempo. Claro, era la mentalidad de la que no termina de ubicarse en esa Venezuela de crisis de gasolina, de gasoil, de comida y de cualquier otra cosa. El tiempo ante mí parecía estar detenido, en la cercana avenida no se escuchaba ya ni el ronquido de los carros; se escuchaba la lluvia a mi alrededor, y los lamentos en mis adentros. El tiempo no estaba detenido nada, era la una y veinte minutos y yo ahí, deseando pedir un taxi como cuando vivía en Tucupita, y era más fácil ir de un lugar a otro –por la distancia, por la época, porque no recordaba la crisis, porque mi mamá me pagaba el taxi–. Al cabo de un minuto, apareció cual fantasma la camioneta que dice *Las fuentes* y que pasa justo al frente del Pedagógico. Subí, cerré el paraguas, me empujó un tipo que además se quejó porque me estaba abriendo un espacio en el pasillo, argumentando que “era monja”. Quizá en su mente de ignorante pensaría que por ser lo que soy debía morir callada ante la incomodidad que me estaba causando su presencia, sin derecho a exigir un poco de respeto. Ignorante al fin. Pobre hombre, seguro tuvo un mal día.

Seguí mi camino, apenada, porque estaba llegando cuarenta minutos tarde. Bajé de la camioneta, crucé la calle y me fui casi volando al segundo piso de la Torre Docente. Respiré

profundo antes de cruzar la puerta del Departamento con más prestigio de la universidad, eché un vistazo a la oficina de la jefa, que estaba abierta, y luego entré con dirección a la sala del departamento. Me paré en la puerta, con la intención de disculparme por el retraso. Me disculpé, aunque la profesora creo que no me escuchó. Intenté pasar, pero una fuerza sobrenatural me lo impedía. Lo hice una y otra vez, pero había como una pared invisible que lanzaba chispazos de corriente y paralizaba los músculos como por un minuto. ¿Ciencia? ¿Magia? ¿Qué era eso? La mujer que estaba dentro, se encontraba rodeada como de 8 personas; los mismos, tan pálidos como suelo imaginar a Blanca Nieves. Con una mano desactivó la fuerza sobrenatural que me impedía el paso, y con la otra dejó paralizados a los 8 individuos. Parecía de película, pero yo misma lo estaba presenciando con mis propios ojos. Entré a la sala, me senté; temblando, abrí mi cuaderno con los apuntes de Chumaceiro y Álvarez, y me dispuse para la clase. Bueno, intenté disponerme, pero no pude. Mis manos no respondían, mi cuerpo estaba inmóvil; mi cabeza escuchaba palpitaciones y mis ojos se encharcaban incontrolablemente de lágrimas. Levanté la mirada y dieciséis ojos estaban puestos en mi esperando una respuesta. Resulta que la profesora algo había preguntado de la época de las cruzadas y la reina Isabel y, al parecer, estaba esperando que al menos por cultura general o cristiana, pudiera responder. De pronto pude mover las manos, y aproveché para agarrar el cuaderno e intentar buscar la respuesta que ella estaba esperando. Pasé una página, dos, tres y muchas páginas, y todo el cuaderno estaba en blanco...

De pronto, un grito. ¡Tirana! ¡Tirana! ¡Soy una tirana! Y al cabo de un suspiro, firmó la asistencia y se fue.

A los compañeros les volvió el color al rostro, las chicas empezaron a moverse, mis piernas dejaron de estar paralizadas, pero mis ojos no dejaban de llorar. ¿Un hechizo en el salón? No lo sé, pero había acabado. Era una posibilidad –ella dijo que era tirana, pero puede ser más bien titánide, el femenino de titán–. Todos se fueron levantando y retirando lentamente, como previendo toparse con la deidad en el pasillo. Yo me levanté y caminé hacia la puerta, y entre el silencio y la soledad, la dulzura irrumpió:

–*Tranquila, tranquila. No es mejor cristiano el que mucho sabe, sino el que mucho ama.* Dijo Dulcinea mientras me abrazaba y me animaba a valorar solo lo bueno que tenemos las personas.

Y me fui, pensando dos cosas: la primera, por qué no supe responder lo de las cruzadas y si eso me hubiese hecho “mejor cristiana”. Así, como ella que sí sabía la respuesta... Y la segunda, si para la siguiente clase debía ir vestida con armadura para protegerme de los ataques.

